

El maestro Nieto



Mercedes Medina,
Fco. Javier Pérez Latre
y Ángel Arrese

EN EL MUNDO de la Universidad es muy común hablar de los maestros, de los profesores que han dejado huella intelectual en un campo del saber, que cuentan con buen número de discípulos, y que de una u otra forma hacen escuela. Sin embargo, no siempre los denominados maestros pueden mostrar una hoja de méritos sobresaliente en las actividades universitarias más sencillas, en el día a día de su relación con los alumnos y con los colegas. Se ha hablado y se seguirá hablando sobre el legado intelectual de Don **Alfonso Nieto** como maestro en el campo de la empresa informativa y la economía de la información, pero igualmente importante ha sido la huella que ha dejado en sus colaboradores más cercanos y en los alumnos; una huella que marca el camino de cómo se debe hacer excelente el día a día del trabajo universitario. Sus clases, la relación con sus doctorandos y el modo de afrontar la vida en el Departamento son buenos ejemplos de esa huella.

LAS CLASES. Don **Alfonso** disfrutaba como pocos dando clases. Para él, el contacto con los alumnos, la conexión de inteligencias que se producía en las aulas, y después, ya uno a uno, en su despacho, eran expresión máxima de la vida universitaria. Él quería a los alumnos, y los alumnos le querían. Y le querían porque se daban cuenta de que Don **Alfonso** se esforzaba por hacerles pensar, por activar sus neuronas, por ayudarles a mirar un poco más allá del rutinario día a día, o de la aparente novedad de lo último. En los cursos de grado, conseguía ese objetivo hablando de los balances y cuentas de resultados, del código de comercio y los tipos de propiedad, o de la “progresión



funesta” de la estructura de negocio de las empresas informativas; en el posgrado y en el doctorado, forzaba sus inteligencias con temas genuinamente “nietianos”, para que se apartaran de los tópicos, de la falsa seguridad que da la investigación descriptiva que sólo mira al presente y al pasado, y se habituasen a trabajar en el mundo de los conceptos, los valores y las ideas.

Pero nadie podrá decir que el profesor **Nieto** estaba en las nubes, o vivía en ese mundo de las ideas que tan alejado suele estar para los alumnos. Más bien al contrario. Don **Alfonso** podía hablar de la importancia del tiempo en los mercados de la comunicación –una idea quizá muy genérica–, pero el alumno acababa experimentando esa preocupación intelectual por el tiempo en el día a día de las clases. Don **Alfonso** las preparaba minuciosamente, con orden y eficiencia; cumplía

siempre su programa; preparaba en fichas y notas todas las ideas que quería transmitir; dejaba a la improvisación tan sólo el tiempo que merece; y pedía ese mismo esfuerzo a los alumnos. Durante muchos años, fueron famosos sus exámenes con cronómetro: cada pregunta un tiempo limitado, exacto, sin muchas concesiones para el rollo y el “chau chau”. Más o menos las mismas –o sea, muy pocas– que las que se permitía en su oratoria, siempre atractiva y cuidada, sugerente y convincente.

O Don **Alfonso** podía hablar largo y tendido de la importancia del poder de informar, un concepto quizá lejano para un joven de veinte años; pero al mismo tiempo era capaz de aterrizarlo en los problemas cotidianos del directivo de los medios en sus magníficas *Cartas a un empresario de la información*, que gracias al profesor **Iglesias**, produjeron un delicioso volumen (inérito) de *Cartas al profesor Nieto*, de



los alumnos de Empresa Informativa de la promoción de 1987. Nunca la “Empresa Informativa”, la asignatura que durante tantos años dictó Don **Alfonso**, fue una empresa fácil. Con sus alumnos, como con sus colegas, el profesor **Nieto** era exigente, ambicioso; no quería que nadie perdiera el tiempo desaprovechando las cualidades y destrezas que Dios le había dado. Pero quizá en pocos profesores se hacía realidad de forma tan genuina la idea de la “exigencia amable”, incluso cuando el desenlace feliz sólo llegara tras varias convocatorias fallidas. Siempre había una sonrisa, un ánimo sincero, un deseo cariñoso de convertir los pequeños o no tan pequeños calvarios cotidianos del alumno en motivo de aprendizaje, de experiencia vital útil para el resto de sus días. Una de cal, y otra de arena; exigencia, y comprensión; ambición, y sana modestia. Era su particular estilo docente.

EL DEPARTAMENTO. La vida en el Departamento de Don **Alfonso** estaba marcada por su presencia, alentadora y exigente al mismo tiempo. Alentadora porque abundaban las risas, el sentido del humor (fomentado por su actitud ligeramente socarrona) y sus amenos relatos. Exigente porque brillaban sus hábitos de trabajo, que procuraba fomentar en los demás con su pasión por aprovechar el tiempo. Era también una vida muy humana, porque el afecto y el respeto impregnaban el ambiente. Don **Alfonso**, además, siempre daba las gracias.

Nunca le faltaba tiempo para estudiantes de licenciatura, doctorado, familiares de amigos suyos, y otras personas que acudían a visitarle. Practicaba lo que podríamos llamar su “política de puertas abiertas”. No se recuerda que dijera nunca que no podía charlar un rato. A veces aparecía también por nuestros despachos

para preguntar sobre dudas o modos de expresar ideas en inglés, o para aclarar un concepto que estaba explorando. A pesar de la distancia de edad y sabiduría, Don **Alfonso** nos trataba como sus colegas y trabajábamos juntos. Le recordamos en las reuniones semanales de investigación escribiendo ideas en sus cuadernos con su caligrafía elegante (siempre tomaba notas) y prestando atención a nuestros planteamientos.

Don **Alfonso** quería hacer escuela. Proponía directamente una tesis a alumnos de 2º de carrera, sugiriendo temas originales y atractivos (*The Economist*, las agencias de medios, el patrocinio deportivo, la calidad en televisión, la creatividad publicitaria, el mercado de revistas, entre otros). Y entonces, él mismo se ponía a trabajar esos temas detenidamente e iniciaba un contacto intenso con los candidatos, compartiendo textos, fichas e ideas (dejaba cientos de notas firmadas con referencias y artículos, con su habitual “por si interesa”).

Tenía un especial talento para hacer memorable lo cotidiano. Por eso tantos recuerdan frases que les dijo, o ideas que les transmitió en esas conversaciones en su siempre impecable despacho de la biblioteca. Para empezar, tratar de llegar antes que él por las mañanas era misión imposible. Y los sábados por la mañana, allí estaba también, trabajando con sus libros y artículos, con música clásica de fondo.

Hablar del Departamento que construyó Don **Alfonso** es hablar de unos temas de investigación, pero también del calor humano, el afecto y la alegría que había a su alrededor. Quizá la “institución” que refleja mejor ese clima es “el café de las once”. A esa hora, los que no tenían clases u otros compromisos se daban cita en la sala de reuniones para comentar cuestiones de la industria de los medios, la actualidad informativa, la historia de la Universidad, el tiempo y los relojes, los temas que trabajábamos unos y otros... También celebrábamos los cumpleaños en torno a un café, unas galletas o bombones que alguien (otra tradición que “impuso” cordialmente D. **Alfonso**) había traído de su último viaje. En los últimos años, hablábamos con frecuencia de Italia y sus queridas clases romanas. La sala de reuniones fue adquiriendo un clima cada vez más fami-

liar, también porque allí fuimos guardando antiguos recuerdos de su familia, como un organillo o una vieja gramola.

Especialmente dotado para la amistad, a Don **Alfonso** le gustaba a veces organizar comidas del Departamento. Con él compartimos almuerzo en Napardi, en el Mesón del Camino (Enériz), o en Ujué. El 10 de mayo de 2011 estuvimos en el último de esos encuentros gastronómicos, en Sta. María de Ujué, comiendo y disfrutando de sus explicaciones, ya que había participado directamente en la restauración de esta joya del románico navarro y conocía todos los detalles de la Iglesia-fortaleza. Fue un día inolvidable, del que además guardamos fotos estupendas.

Trabajo, afecto, buen humor, alegría, respeto, afán por aprender y aprovechar el tiempo. Son los rasgos del Departamento que Don **Alfonso** nos ha dejado.

LAS TESIS DOCTORALES. Una de las facetas donde mejor se puede esbozar el carácter de Don **Alfonso** y su amor al trabajo bien hecho es en su tarea como director de tesis doctorales. Siempre entendió que hacer la tesis es mucho más que la escritura de un libro, es contribuir a la formación intelectual e integral del doctorando. Con esta finalidad procuró que quienes hacíamos la tesis con él pasáramos un tiempo en el extranjero. Pero no sólo nos facilitaba irnos, sino que asumía los riesgos y nos seguía de cerca. Sus cartas, casi quincenales, siempre eran atinadas: “¿Cómo va el inglés? ¿Qué materias –en concreto– vas a tener en el primer trimestre del master? ¿Te acuerdas alguna vez de que debes hacer la tesis? ¿Recuerdas que nadie del Departamento ha perdido el ánimo por encontrarse en un mare-magnum?”.

Nos animaba a estudiar inglés, pero animaba yendo por delante. En una de sus cartas de 1991 desde Manchester, donde se trasladó cuando dejó de ser rector, decía que “con el paso del tiempo, uno llega a la conclusión de que para aprender inglés es necesario poner los mismos medios que para aprender cualquier otra cosa: paciencia, constancia, interés. Pero además hace falta una buena dosis de entusiasmo, sobre todo con la pronunciación”.

Además de aprender idiomas, el doctorando debía revisar toda la bibliografía

HITOS

- Fue profesor de más de treinta promociones de periodistas.
- Dirigió más de una veintena de tesis doctorales.
- Se jubiló de la docencia en 2002, pero siguió trabajando e investigando en la Universidad hasta unos meses antes de fallecer. Cuando le preguntaban por su jubilación definitiva, respondía: “Uno no se jubila hasta que se muere: si Dios da capacidad, cabeza, interés y ánimo, ¿por qué no seguir trabajando? Otra cosa es que se cumplan las normas y, si uno no debe dar docencia ordinaria, no la da. Para eso cobra la pensión”.

relacionada con su tema de estudio. Sus consejos demostraban el buen hacer del artesano. La revisión debía ser “reposada, sin prisas, con ánimo de aprender. Sin distracciones caprichosas que se detengan en lo que gusta aunque nada tenga que ver con la tesis”. Añadía: “Digo esto porque en esa sección de libros y revistas hay considerables posibilidades de perder el tiempo”. Sin embargo, ante la tentación de saltarse una hilera de libros en la revisión porque “casi seguro no dicen nada”, sugería que era “el momento de bajar al departamento y ponerse a leer un libro de Historia o de Poesía, y con calma... volver a retomar la tarea de revisar, libro por libro, todos” los que se encontraban en la sección de Comunicación de la biblioteca. Su amor por los libros le llevaba a recomendar visitar las librerías, “al menos una vez al mes”.

Le gustaba recalcar que a lo largo de la tesis se descubre mucho más de lo que finalmente acaba escrito. El esfuerzo sirve para futuras investigaciones y para enriquecer la docencia. Por eso, siempre animaba a tener una visión amplia relacionada con el objeto de estudio. Al revisar otras secciones, no directamente relacionadas con el tema de tesis, decía: “Quedarán en la memoria títulos y temas que puedan servir

para ayudar a otras personas, que en su día, empiecen donde tú terminas”. Formaba para formar, para hacer equipo.

Otra de sus enseñanzas tenía que ver con la elaboración de fichas: “Cualquier idea, anécdota, dato, referencia, que parezca interesante, convendrá que quede recogida en una ficha de forma que se pueda localizar enseguida”. Siempre recalca que hay que tener ideas propias y que todo dato –“verificado, comprobado, cuantificado”– debe servir para anticipar una idea propia. En este sentido, animaba a ser prudente y moderado con las fotocopias, no sólo por evitar gastos innecesarios (que también es cosa importante), sino por “sinceridad con uno mismo en la investigación”. Decía con humor: “Compruebo que muchas personas se están mareando con datos y trabajos de fotocopias, que archivan y clasifican para ... romper cuidadosamente al cabo de un año”. En su opinión, cualquier cosa que se afirma debe ir corroborada con un dato.

Sus cartas no dejaban de incluir alusiones que emanaban inmenso cariño por la persona que las recibía. Sabía cómo convertir los defectos ajenos en puntos de unión y simpatía. En una de ellas se leía: “Tu carta-fax ha llegado perfectamente, aunque en trozos que recomponer, lo cual –conociéndote– es lo más natural del mundo”.

Como esta breve semblanza deja ver, eran muchos los intereses –profesionales, culturales y personales– que preocupaban a Don **Alfonso**, y no había carta en la que no hiciera partícipe de las andanzas, hazañas y trayectoria de los demás miembros del departamento. Sirva como detalle el último párrafo de una carta del 24 de diciembre de 1991, en la que manifiesta su ternura, generosidad y magnanimidad. Indicaba: “Por cierto, dile a **Carmen** [secretaria del Departamento] que la carta que llegó abierta contenía 200 ptas. de lotería que me envió mi profesora de música (me enseñó solfeo cuando tenía 8 años). Ahora ella se acerca a la maravillosa edad de 90 años y tiene un sobrino-nieto estudiando en la Universidad de Navarra. ¿Quién se habrá quedado con la lotería? En fin, que Dios reparta suerte”.

Mercedes Medina, Fco. Javier Pérez Latre, y Ángel Arrese son profesores del Departamento de Empresa Informativa de la Universidad de Navarra.